



www.loqueleo.com/ec

© 2002, Ramiro Bascompte

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-789-4

Derechos de autor: 016701

Depósito legal: 002165

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Junio 2002

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Mayo 2017

Décima octava impresión en Santillana Ecuador: Septiembre 2018

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Santiago González

Diagramación: Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: Alejo Romano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

La Nariz del Diablo

Ramiro Bascompte

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleto



*A la memoria del pionero de los ferrocarriles
ecuatorianos, el ingeniero Archer Harman,
fundador de la Guayaquil & Quito
Railway Company .*



*Mi gratitud al personal de Ferrocarriles
del Ecuador y en especial a la licenciada
Martha Chávez, por su valiosa información.*

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

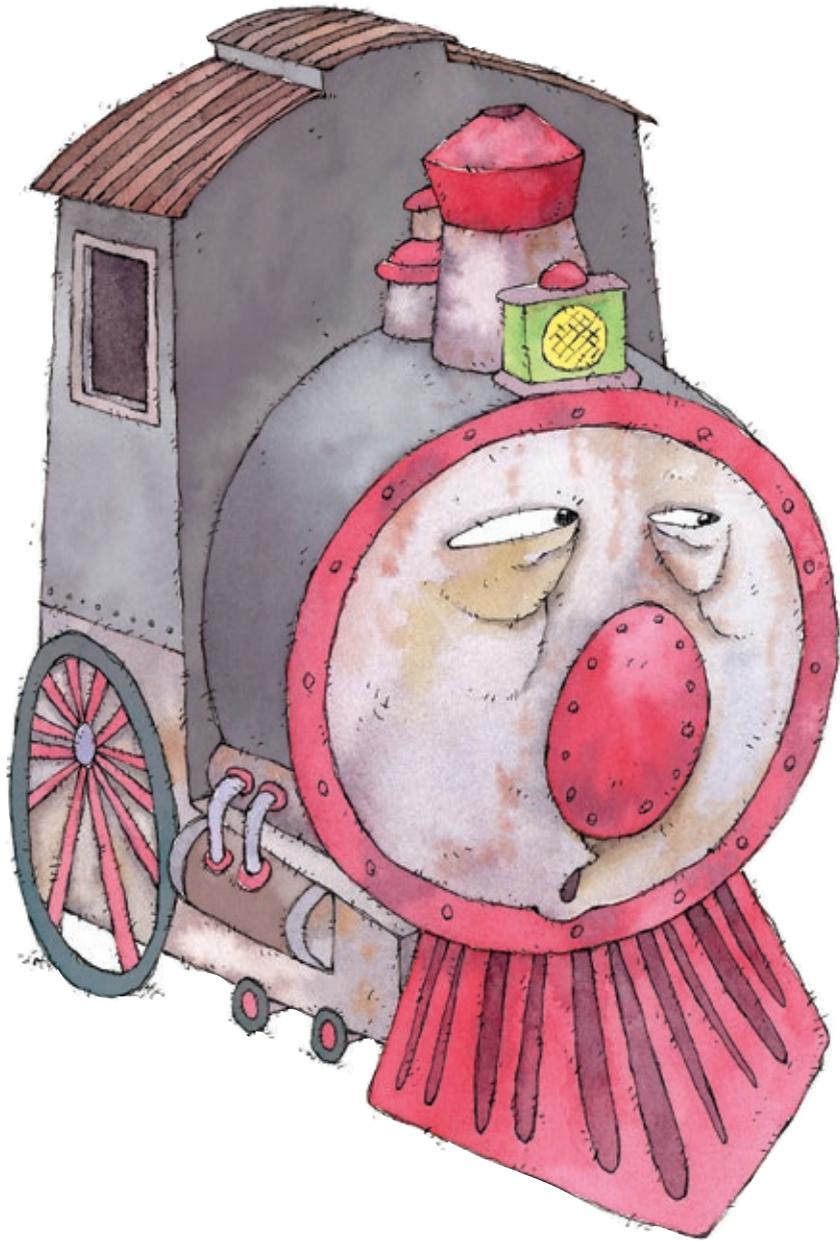
© Santillana

La Nariz del Diablo	13
Biografía	69
Cuaderno de actividades	71



Fuerte y delicada al mismo tiempo, la Pitusa seguía en el mismo sitio donde la habían dejado quince días antes, sin perder su trapío de juguete grande, donosamente arrebatador. Su cuerpo ferroso de color de ceniza con motivos rojos y verdes, coronado por una esbelta chimenea, contrastaba con los ocres apagados del paisaje de su entorno.

Cuando Ignacio se acercó pausadamente a ella, casi cohibido por haberla traicionado con sus prácticas con una flamante locomotora eléctrica, no pudo evitar un sentimiento de nostalgia teñido de piedad. No era fácil separarse de su fiel compañera, después de más de cuarenta años de correrías desafiando inclemencias y percances, para unirse a una nueva



máquina, moderna y desconocida. Pero la Pitusa, tan campante como siempre, no pareció inmutarse y ni siquiera se mostró dolida por permanecer tantos días sola e inactiva, abandonada en aquella vía muerta.

—Anda, acércate, no te amedrentes, hombre... —pareció susurrarle la Pitusa dulcemente—. Ya sé que manejas una nueva máquina, tan potente y silenciosa que yo no me puedo comparar con ella.



—Pues, ¿qué esperabas? —respondió Ignacio en tono adusto para ocultar sus verdaderos sentimientos—. ¿Acaso no viste hace tiempo cómo tendían los cables? Ya te lo podías imaginar.

—¿Los cables? Yo creía que estaban destinados a los pájaros. Suelen posarse en ellos con mucha frecuencia.

Ignacio acogió el comentario ingenuo de la Pitusa con una sonrisa de ternura. Después dijo con seriedad:

—Pero se juegan la vida. ¿No ves que son cables de alta tensión?

La Pitusa, avergonzada por su ignorancia, se apresuró a preguntarle:

16 —¿Y qué? ¿Cómo te ha ido?

—Bien... —respondió Ignacio poco convencido, mientras la Pitusa lo observaba con interés.

—No pareces muy contento.

—Es que no lo estoy —se sinceró finalmente Ignacio.

—¿Y eso? Yo pensaba que estarías orgulloso de tener por compañera a una modelo tan despampanante.

—Bueno... Al principio estaba ilusionado y cada vez que mis manos tocaban sus mandos sofisticados experimentaba una sensación de mágico poderío. Pero luego llegué a la conclusión de que esa locomotora eléctrica no era sino un monstruo amazotado, frío y calcu-

lador, con el que difícilmente llegaría a conge-
niar. Y es que, a diferencia de ti y de las demás máquinas de vapor, que tenéis alma...

—¿Alma? Supongo que te refieres a la caldera*.

—¿Qué más da? El caso es que tenéis alma y bien grande por cierto. En cambio, esa locomotora eléctrica y todas sus congéneres carecen de ella.

—¿Y eso no es una ventaja?

—Para mí, no —respondió Ignacio con vehemencia. Luego hizo una pausa y, con la voz quebrada por la emoción, musitó—: Lo cierto es que te echo mucho de menos, Pitusa.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo soy vieja y esa máquina es joven. Yo me muevo despacio y ella es veloz. Yo hago ruido y ella es silenciosa. Yo ensucio y ella no...

—Pues, aunque te parezca absurdo, te prefiero a ti —remachó el maquinista con ademán resuelto.

* *Alma* es el nombre que se da a la caldera en las máquinas de vapor.

—No lo comprendo... Siempre te quejabas de mi lentitud y a cada rato me apremiabas.

—Sí, pero ahora me doy cuenta de que estaba equivocado. El otro día, sin ir más lejos, esa máquina desalmada arrolló a un campesino. Menos mal que no la manejaba yo. Además, contigo el paisaje entraba por los ojos de una manera natural y daba gozo contemplarlo, mientras que ahora se agolpa en la retina y no permite apreciar los detalles.

—¿Y qué me dices de la limpieza? Esas máquinas son impolutas y los maquinistas salen de ellas tan aseados como entran.

—Todo lo que tú quieras, pero yo echo de menos tus tiznes, con su olor característico, que tanto se impregnaba en mi piel.

—Me sorprende que digas eso... a nadie le gusta la mugre. Me parece que presumes de cochino por halagarme.

—No, no... te equivocas. La mugre que proviene del trabajo no es ningún desdoro.

Después de una pausa de aprobación, la Pitusa volvió a la carga.

—Ten en cuenta que yo no paraba de contaminar el aire con mi humo.

—«En ondulante movimiento, cual la crin de un caballo...» —apostilló Ignacio con expresión soñadora.

—¿Tú también, como algunos poetas, me comparas con un caballo? Bueno, en realidad no me molesta, todo lo contrario, pero me parece que tengo muy poco de equino...

—Es una metáfora de Ramón de Campoamor. En fin, lo cierto es que tu humo era tenue e inofensivo y más bien servía de aviso a las personas que avizoraban el tren desde la lejanía.

—De acuerdo. Pero esa máquina es silenciosa, en tanto que yo resollaba y resollaba.

—Tu resuello era agradable, y su ritmo, como el palpito de tu corazón. Al unísono con tu movimiento, comenzaba arrancando poco a poco y luego se aceleraba progresivamente hasta alcanzar una cadencia sublime. Muchos viajeros se inspiraban en ella para componer epigramas. Por otra parte, estoy seguro de que si ese pobre campesino te hubiera oído no habría muerto.

—¿Esa nueva máquina no tiene pito?

—Sí que lo tiene, pero su sonido es espantoso. En vez de prevenir, aterroriza. Comprendo perfectamente que acreciente la inseguridad de las personas que están en peligro.

—Entonces, ¿te gustaban más mis pitidos?

—Infinitamente y sin punto de comparación. Tus pitidos podían modularse como si de un instrumento musical de viento provinieran, y su intensidad llegaba a ser incisiva. Eran pitidos ágiles y transparentes y, teniendo algo de folclóricos, resultaban inconfundibles.

La Pitusa estuvo apunto de sonrojarse.

—Bueno, bueno... Todo eso lo dices para consolarme.

—No, no; lo digo de verdad.

Un nuevo silencio vino a otorgar crédito a las palabras de Ignacio, pero la Pitusa no tardó en romperlo.

